

“In the Presence”  
Fourth Sunday of Lent  
March 19, 2023

1 Samuel 16: 1-13 & Psalm 23  
John 9: 1-41  
Rev. Anne Schlesinger

Jesus healed a blind man. That sounds like a pretty normal thing for Jesus to do. There is a record of Jesus healing people from many different ailments in every one of the Gospels. Healing is what Jesus did. It is what he does. Each healing is unique, especially for the person who had been suffering. But the healing story we heard today is unique for us as well. Rev. Dr. Derek Weber says that this healing is “an invitation to look at the world through God’s eyes. That’s what it means, I believe, to stand in the presence of God. It means to see God, yes, but also to see what God sees. To stand with God and see a world that vibrates with the presence of the holy. John gives us a glimpse of a new way to see in this story of healing.”<sup>1</sup> This healing is unique in several ways. The story begins with the disciples asking whose sin caused the man’s blindness. “Hogwash,” Jesus replied. “That’s not what this is about. This is about God’s glory.” I have to admit that had I been one of those disciples, I would probably been astounded at that comment. God’s glory? In what way, Jesus? Luckily, I know a bit more about the glory he was talking about than those first disciples because they didn’t yet know about the resurrection to come.

The healing of this man is unique in another way. This man was not seated at the side of the road calling out loudly to Jesus for healing. He was not seated near the pool of Bethesda hoping to find anyone who would put him in the healing waters. No, as far as we know, this man did not ask for healing. Perhaps like many people born differently abled, this man had developed other senses to help him get by in the world, or perhaps he had not heard of Jesus’ healing blessings. Neither was he asked if he wanted healing. Surely he had heard the disciples questions about who had sinned and caused the blindness. To respond to his disciples’ question about sin, Jesus bent down, spat on the ground and made mud by mixing dirt with his saliva. He picked up the mud and smeared it all over the man’s eyes. Certainly in this age of COVID, we would object to such a scene, but I have to wonder how many purity laws might have at stake with that! My guess is that at least those looking on would have been appalled. I am also guessing the healed man was not among those appalled. He obeyed Jesus’ instruction to find the pool of Siloam to wash, and as a result, his eyes were truly opened. The text that follows is mostly about people arguing about the healing—had Jesus tricked the crowd by bringing in a man who looked like the blind man? Was the healing even legal, or had Jesus yet again broken the law about keeping the Sabbath holy? Again and again those who cannot seem to trust try to find ways to deny God’s power through Jesus. Even when they witness a miracle, they cannot see. But the healed man can see. He knows he is the one who had been blind. He knows he now sees. No threat of expulsion from the temple or community will keep him quiet. He washed in the pool of Siloam, which means sent and became an Apostle—one who is sent out.

One of the many things I have enjoyed learning in our Disciple IV study is that in John’s Gospel, Jesus makes many identifying statements that are connected to the

---

<sup>1</sup> Rev. Dr. Derek Weber . “In the Presence.” Source: <https://www.umcdiscipleship.org/worship-planning/learning-to-live-inside-out/fourth-sunday-in-lent-year-a-lectionary-planning-notes>

miracles of which he is part. Jesus says, “I am the resurrection and the life,” after raising Lazarus. Jesus says, “I am the bread of life,” after feeding five thousand people with only five barley loaves and two fish. Even from the Gospel’s prologue, Jesus is declared the light of the world, and he declares that himself in chapter eight saying, “I am the light of the world. Whoever follows me won’t walk in darkness but will have the light of life,” (John 8:12). Right before he healed the unnamed man born blind, Jesus repeated that, saying, “While I am in the world, I am the light of the world,” and he indeed gave that man light. But Jesus heals and feeds and provides living water and light not for the miracles themselves, and not *merely* so people can be fed and healed and given water that will keep them forever from thirst. Jesus does these things to point to the glory of God, to allow us to stand in God’s presence so we may see God and understand the way God sees.

So, what are we to do about it? To paraphrase another pastor, when we have been touched by Jesus, we are sent out to confess Jesus, not explain him.<sup>2</sup> The best we can do is tell others about the ways we have been healed and the one who has done the healing. Maybe those who hear you will ask what happened and you, too, can say, “Do you want to hear it again? Do you want to become his disciples too?”

Thanks be to God!

---

<sup>2</sup> Although not a direct quote, I give credit to Anna Carter Florence, “Homiletic Perspective of John 9:1-41.” *Feasting on the Word, Year A, Volume 2*. (Louisville, Westminster John Knox Press, 2010) p. 121.

“En la presencia”  
Cuarto Domingo de Cuaresma  
19 de marzo de 2023

1 Samuel 16: 1-13 y Salmo 23  
Juan 9: 1-41  
Rev. Anne Schlesinger

Jesús sanó a un ciego. Eso suena como algo bastante normal para Jesús. Hay un registro de Jesús sanando a personas de muchas dolencias diferentes en cada uno de los Evangelios. Sanar es lo que hizo Jesús. Es lo que hace. Cada sanación es única, especialmente para la persona que había estado sufriendo. Pero la historia de sanación que escuchamos hoy también es única para nosotros. El Rev. Dr. Derek Weber dice que esta sanación es “una invitación a mirar el mundo a través de los ojos de Dios. Eso es lo que significa, creo yo, estar en la presencia de Dios. Significa ver a Dios, sí, pero también ver lo que Dios ve. Estar con Dios y ver un mundo que vibra con la presencia de lo santo. John nos da un vistazo de una nueva forma de ver en esta historia de curación”. Esta curación es única en varios sentidos. La historia comienza con los discípulos preguntando de quién es el pecado que causó la ceguera del hombre. “Tonterías”, respondió Jesús. “De eso no se trata. Esto se trata de la gloria de Dios”. Tengo que admitir que si yo hubiera sido uno de esos discípulos, probablemente me hubiera sorprendido ese comentario. ¿De qué manera, Jesús? Afortunadamente, sé un poco más sobre la gloria de la que estaba hablando que esos primeros discípulos porque aún no sabían sobre la resurrección venidera.

La curación de este hombre es única en otro sentido. Este hombre no estaba sentado al lado del estanque clamando en voz alta a Jesús por sanidad. No estaba sentado cerca del estanque de Betsaida con la esperanza de encontrar a alguien que lo pusiera en las aguas curativas. No, hasta donde sabemos, este hombre no pidió sanidad. Tal vez, como muchas personas nacidas con capacidades diferentes, este hombre había desarrollado otros sentidos para ayudarlo a salir adelante en el mundo, o tal vez no había oído hablar de las bendiciones curativas de Jesús. Tampoco se le preguntó si deseaba la curación. Seguramente había escuchado las preguntas de los discípulos acerca de quién había pecado y causado la ceguera. Para responder a la pregunta de sus discípulos sobre el pecado, Jesús se inclinó, escupió en el suelo e hizo barro mezclando tierra con su saliva. Recogió el barro y lo untó por todos los ojos del hombre. Ciertamente, en esta era de COVID, nos opondríamos a tal escena, ¡pero tengo que preguntarme cuántas leyes de pureza podrían estar en juego con eso! Mi conjetura es que al menos aquellos que miraban se habrían horrorizado. También supongo que el hombre sanado no estaba entre los horrorizados. Obedeció las instrucciones de Jesús de buscar el estanque de Siloé para lavarse y, como resultado, sus ojos se abrieron de verdad. El texto que sigue trata principalmente de personas que discuten sobre la curación: ¿Jesús había engañado a la multitud al traer a un hombre que se parecía al ciego? ¿Era siquiera legal la curación, o Jesús había quebrantado una vez más la ley sobre la santificación del sábado? Una y otra vez aquellos que parecen no poder confiar tratan de encontrar maneras de negar el poder de Dios a través de Jesús. Incluso cuando son testigos de un milagro, no pueden ver. Pero el hombre sanado puede ver. Sabe que él es el que había estado ciego. Sabe que ahora ve. Ninguna amenaza de expulsión del templo o de la comunidad lo mantendrá callado. Se lavó en el estanque de Siloé, que significa enviado, y se convirtió en Apóstol, uno que es enviado.

Una de las muchas cosas que he disfrutado aprendiendo en nuestro estudio Discípulo IV es que en el Evangelio de Juan, Jesús hace muchas declaraciones identificatorias que están conectadas con los milagros de los que él es parte. Jesús dice: “Yo soy la resurrección y la vida”, después de resucitar a Lázaro. Jesús dice: “Yo soy el pan de vida”, después de alimentar a cinco mil personas con solo cinco panes de cebada y dos peces. Incluso desde el prólogo del Evangelio, Jesús es declarado la luz del mundo, y él mismo lo declara en el capítulo ocho diciendo: “Yo soy la luz del mundo. El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Juan 8:12). Justo antes de sanar al ciego de nacimiento sin nombre, Jesús repitió eso, diciendo: “Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo”, y ciertamente le dio luz a ese hombre. Pero Jesús sana y alimenta y proporciona agua viva y luz no para los milagros mismos, y no simplemente para que las personas puedan ser alimentadas y sanadas y se les dé agua que les librerá de la sed para siempre. Jesús hace estas cosas para señalar la gloria de Dios, para permitirnos estar en la presencia de Dios para que podamos ver a Dios y entender la forma en que Dios ve.

Entonces, ¿qué vamos a hacer al respecto? Parafraseando a otro pastor, cuando hemos sido tocados por Jesús, somos enviados a confesar a Jesús, no a explicarlo. Lo mejor que podemos hacer es contarles a otros sobre las formas en que hemos sido sanados y quién ha hecho la sanación. Tal vez los que te escuchen te pregunten qué pasó y tú también puedas decir: “¿Quieres escucharlo de nuevo? ¿Quieres convertirte también en sus discípulos?

¡Gracias a Dios!